

La Filosofía, nuevamente en entredicho

PLATÓN desterró de su República ideal a ciertos poetas; hoy, quienes se sienten amenazados con el exilio son —¡oh venganza de la historia!— los filósofos. Al menos así parece a juzgar por las reacciones de los licenciados de filosofía frente a los programas de la reforma educativa en marcha. En esta reforma inacabada —ampliamente criticada desde muy diversas perspectivas y por múltiples y fundadas razones— la asignatura «Filosofía», como otras asignaturas, modificará su estatus. La respuesta de la comunidad de profesores de Filosofía, de una vitalidad inusitada —muy alejada por cierto de la actitud de desinterés práctico que suele atribuírsele— se ha revelado en manifestaciones, encierros y demandas legales en las que han participado sus representantes más prestigiosos y con un eco social inusitado.

El rechazo a los responsables de la reforma es evidente en otros asuntos como éste; aunque en el comentario del público en general se confunden la identificación con quienes, después de más de seis años de estudios universitarios, podrían no ejercer aquella función para la que se han estado formando —como les ocurrirá a los médicos recién egresados, si bien por otras causas—; o la sospecha de que se postergan o reducen a

la mínima expresión contenidos que justamente coinciden con la esfera de lo espiritual... Las lenguas clásicas, las humanidades, religión...

La Filosofía en los programas de la Reforma

LOS filósofos abogan —con razón— por una mayor presencia de los estudios filosóficos en la formación del adolescente, pero debemos matizar los conceptos que se han ido vertiendo en torno a su «supresión»: en los nuevos programas de la Reforma, Filosofía se mantiene como asignatura obligatoria de primer curso de Bachillerato —correspondiente al actual tercero de BUP—; y como la optativa «Historia de la Filosofía», en la modalidad de Bachillerato en Humanidades y Ciencias Sociales. Como puede verse, el ciclo obligatorio de Secundaria no contará con la asignatura, como tampoco hoy existen estudios de este tipo en primero o segundo de BUP; no se repara una falta; se la consolida. Tampoco la reforma se hace eco de la propuesta de un segundo curso filosófico para Bachillerato.

Las protestas —junto a la debilidad de un gobierno que de un tiempo a esta parte actúa con la mirada puesta en los sondeos preelectorales— han motivado que «se conceda» a los profesores de Filosofía una asignatura que en principio habrían de dictar los licenciados en Historia: «Vida moral y reflexión ética», en cuarto curso de secundaria obligatoria, y la optativa «Ciencia, Tecnología y Sociedad» también en Bachillerato. Hasta la concesión resulta una medida política de respuesta a la presión, pero sin la comprensión de las verdaderas razones de los profesores que abogan acertadamente por un mayor espacio para la Filosofía.

Conviene pues acercarse al problema desde varios interrogantes que parecen sustentar la postura de los reformadores —aunque no de un modo explícito— y de muchas personas que no comprenden por qué los filósofos han iniciado un combate tan encarnizado en favor de la Filosofía.

¿Es la filosofía un saber «inútil»?

LA controversia sobre la **inutilidad de la Filosofía** es tan vieja como ésta: Platón en el *Teeteto* nos refiere la anécdota de una bella y graciosa muchacha tracia que se reía de Tales de Mileto porque mientras observaba las estrellas cayó en un pozo; ávido por ver las cosas del cielo, le pasaban desapercibidas las que tenía a su alrededor. Pero Aristóteles retoma la anécdota para demostrar qué fácil resulta a los filósofos enriquecerse cuando quieren hacerlo: un filósofo al que sus coetáneos reprochaban su pobreza y, por ende, la inutilidad de su preocupación por la filosofía, supo, por los indicios de los astros, que las próximas cosechas serían excepcionales, se adelantó a sus detractores alquilando todos los molinos del lugar y se transformó en el único beneficiario de la bonanza de la naturaleza. En el planteamiento aristotélico puede hallarse una respuesta que interroga: ¿no es quizás demasiado «peligroso» un ser que, acostumbrado a razonar, lo razone todo y pueda adelantarse a los designios de quienes lo suponen y desean maleable y sumiso?

¿A quién le interesa hoy filosofar?

TAMBIÉN los viejos filósofos se lo plantearon. Ninguno de los dioses filosofa —nos dice Platón— ni desea hacerse sabio, porque lo es ya; ni ningún otro sabio filosofa; ni tampoco los ignorantes filosofan ni desean hacerse sabios. ¿Quiénes, pues, son los que filosofan, si no son los sabios ni los ignorantes? Claro es que los intermedios de estos dos.

He aquí un término fundamental: los intermedios. Efectivamente, la supresión de la Filosofía de la secundaria obligatoria es del todo oportuna si lo que se pretende es anular la reflexión de los más propicios a la misma. En ese momento fundamental para la reflexión en torno al mundo, a la propia existencia, cuando el joven comienza a interesarse en los eternos enigmas del existir, anular por decreto la

posibilidad de hacerlo puede suponer el destierro definitivo de esa actitud interrogante y razonadora.

¿No está la filosofía alejada de los intereses de los alumnos de la secundaria?

PODRÁ objetarse que a los jóvenes-adolescentes estos asuntos no les interesan, que agradecerían tener una asignatura menos; sin embargo, frente a este juicio pretencioso y minusvalorizador, bastaría con oponer un ejemplo de la mayor actualidad. Estamos hablando del éxito editorial europeo —España incluida— de «El mundo de Sofía» del escritor noruego Jostein Gaarden, quien, lejos de despreciar las potencialidades reflexivas de sus alumnos de instituto, escribió pensando en ellos esta magnífica historia novelada de la filosofía en torno a la figura de un personaje adolescente que se interroga acerca de su ser, del mundo, de Dios... Los millones de ejemplares vendidos desde 1991 demuestran a las claras que lo que se da, en este páramo de espiritualidad que rodea a los jóvenes, es la sed de reflexión, no el rechazo de la misma. Es cuestión de encontrar —como lo hizo Gaarden— el modo de llegar a esta necesidad para saber propiciar el esfuerzo intelectual, el afán de saber, la búsqueda de la verdad, la capacidad de asombro... Los jóvenes como Sofía se embarcan con facilidad en la nave filosófica: basta con que se les lance las preguntas justas. Como se lee en el texto: la mejor manera de aproximarse a la filosofía es plantear algunas preguntas filosóficas: ¿Cómo se creó el mundo?, ¿existe alguna voluntad o intención detrás de lo que sucede?, ¿hay otra vida después de la muerte? Al ser humano le parece tan extraño existir que las preguntas filosóficas surgen por sí solas...

¿Hay sitio para la filosofía en los de por sí extensos programas?

LOS programas son extensos, sí; pero la extensión puede resultar inútil en un mundo en continuo

cambio. ¿Quién puede garantizar que al cabo de años de estudios el alumno conoce todo lo que corresponde a su profesión si el saber científico se incrementa y modifica día tras día? El gran reto contemporáneo es aceptar que, ante el inabarcable desarrollo científico, en todas las áreas, lo imprescindible es la capacidad de adaptación a las nuevas aportaciones y técnicas. Y la responsabilidad de los sistemas educativos es proporcionar al alumno la ocasión de alcanzar esta ductilidad. Lo formativo, aquí, se impone a lo informativo; y en este concepto de educación como formación la asignatura de Filosofía aporta un valor añadido respecto de todo otro saber: el de enseñar a pensar, a reflexionar y a adaptarse a nuevos aprendizajes.

UNA reforma educativa supone siempre un «ideal de hombre nuevo», y se constituye en un programa a largo plazo de cambio de la sociedad de acuerdo con dicho ideal. Cabe entonces preguntarse: ¿qué ideal humano y social se busca?; ¿por qué la Filosofía no encaja del todo con este programa o este ideal? ¿No pensarán los reformadores, como Marx, que la Filosofía ha muerto y que «los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata de transformar»? La referencia a Marx no es fortuita: la reforma reconoce explícitamente su deuda respecto de la escuela psicolingüística soviética basada en Vigotski y desarrollada por Luria y Leontev, para quienes toda actividad no es más que la articulación en tres aspectos: necesidad (motivación), finalidad, realización. ¿Qué tipo de actividad es desde esta perspectiva la reflexión filosófica? ¿A qué necesidad responde?

No resulta extraño que, ante esta referencia ideológica, los filósofos se sientan amenazados: el papel del filósofo puede resultar absolutamente prescindible, como lo promulgó en 1968, por ejemplo, Manuel Sacristán para quien «la pérdida de la formación del licenciado en filosofía —institucionalmente un especialista en Nada— no es lamentable sino deseable».

A modo de conclusión: la asignatura Filosofía tiene también una significación práctica fundamental

¿PARA qué sirve la Filosofía en esta sociedad que basa todo su entramado de relaciones y sentidos en la «utilidad», en los beneficios económicos, en el logro concreto y material, en el consumo? Y, en tal sentido, ¿qué utilidad proporcionan a la sociedad esos hombres que practican un saber de entidades abstractas, de conceptos inalcanzables y alejados de la realidad?

No sería difícil señalar multitud de influencias de la Filosofía en las ciencias (Hegel y el darwinismo, Kant y el relativismo, etc.), y aunque el interés de la Filosofía no debería basarse en su **aplicación útil**, la contemporaneidad condiciona la defensa: es necesario precisar en qué sentido puede resultar «útil» la Filosofía para los alumnos de secundaria obligatoria. Incluso los filósofos han sucumbido en nuestros días, según Lledó, a la tentación de la practicidad con la proliferación de estudios de «filosofía aplicada».

La Filosofía, bien «enseñada» por profesores que no se limitan a la exposición tediosa de contenidos lejanos y abstractos, es una disciplina crítica de innegable valor formativo: en el momento en que los mecanismos de maduración y equilibrio de la conciencia individual deben comenzar a funcionar, en la llamada **edad de la razón** y del descubrimiento moral del mundo, la Filosofía, como ejercicio crítico y reflexivo, permite al joven seleccionar y coordinar en esquemas generales los estímulos a los que se halla expuesto, ejercicio ineludible para el desarrollo de la conciencia individual y social. Es formación también por la reflexión sobre el pasado cultural histórico, que le permitirá valorar el presente y forjar la imagen de su futuro con una disciplina crítico-lógica que lo lleve a plantearse el sentido de las cosas, de su propia vida y del mundo.

Si se suprime la **oportunidad formativa** que brinda la Filosofía en el momento justo, el joven queda a merced de las mitologías dogmáticas, de la intolerancia, de la acumulación

tecnocrática de conocimientos y bienes materiales, del consumismo. Tal vez ésta sea la razón última del encono de ciertos políticos hacia la reflexión crítica de la Filosofía: la

*Filosofía podría constituirse en un serio obstáculo para conseguir el **consumidor** satisfecho que desean. Según observa Gustavo Bueno, en respuesta a los argumentos adversos de Sacristán:*

*«**EN** el momento en que el político práctico decide amordazar cualquier tipo de crítica procedente de la perspectiva filosófica, se hace enemigo de la Filosofía y la refuta de la única manera que cabe refutarla: como la refutó Justiniano en Atenas, cuando hacia el año 529, clausuró las escuelas filosóficas.»*